

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



JOYAS CLÁSICAS

LA OPINIÓN

La sién latiendo, turbia la mirada,
teñido el rostro de rubor sangriento,
la espléndida melena suelta al viento,
la vestidura al seno desgarrada;

ella me cife en lúbrica lazada,
trémulo el cuerpo, el labio macilento,
con honda sed bebiéndome el aliento,
en su boca mi boca aprisionada.

¡Oh, visión, que mis sueños envenenas
y en lava de volcán hinchas mis venas!
¿Quién eres, di, mujer, deidad ó arpía?

—Soy la Opinión, tu esclava y tu tirana;
hoy, transida de amor, tu barragana;
ayer, tu dama infiel con befa impía.

ANTONIO DE LOS RÍOS Y ROSAS.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { trimestre..... 2,50
 { año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS... { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { semestre..... 6
 { año..... 12
EXTRANJERO... { año..... 15

DÉCIMA DENUNCIA

—Ya hemos dado la décima caída, señor. Y lo que te rondará, morena, como dice Villaverde.

—Contratiempos son estos, Sancho, que hemos de sufrir con paciencia, porque en algo se ha de conocer que está la justicia en manos de ese pobre Liniers.

—Es, mi señor Don Quijote, que llevamos ya diez denuncias, y que, á este paso, vamos á morir empapelados, que es una de las peores muertes que se conocen.

—¿Morir, dijistes? DON QUIJOTE es inmortal y ha de dar todavía muchos disgustos á los bellacos que nos desgobiernan. No, amigo Sancho, no te aflijas ni acoquines, y prepárate á librar nuevas batallas en defensa de nuestros ideales. DON QUIJOTE no se rinde, y peleará con más bríos mientras mayores sean los peligros que le rodeen. ¿Que nos han denunciado? Consuélate pensando que, Liniers mediante, no será ésta la última denuncia que suframos. Los tiempos no son para decir verdades, y cádate que yo estoy dispuesto á decir las tan grandes como puños, aunque á ello se opongan todos los maestrantes habidos y por haber. Tengo el cuerpo hecho á los palos, y ni me asustan las persecuciones ni me convencen los castigos. Dígame que, puesto que en ello se empeñan, desde hoy dejo el camino llano y me voy por el atajo, y he de llegar donde quiero, que por algo soy quien soy, y de casta le viene al hijo de su madre el salirse con la suya y hacer en todo su santísima voluntad. Prepárate, pues, Sancho, á reir, que la cosa va á ser de gracia, aunque maldito la que le hará á algunos. ¿Se nos arroja de la ley, se hace de nosotros una excepción, y se nos maltrata y se nos atropella, con olvido de todo derecho y de toda justicia? Pues preparemonos á la defensiva. Ojo por ojo—y conste que no aludo al de Polavieja—y diente por diente. Y te juro que no va á quedar un Liniers sano para contarlo. Conque, prepárate, Sancho, que pronto vamos á entrar en batalla.

LA CRISIS

El general Polavieja, ministro por casualidad, personaje improvisado, héroe de guardarrópia, ser monstruoso, mitad militar, mitad jesuita, ha sido arrojado del Gabinete-cocina que preside el Sr. Silvela. ¡Estamos de enhorabuena!

Para ocupar la cartera de Guerra ha sido nombrado el beato Azcárraga, el organizador del desastre colonial, el hombre-buho, santurrón, jesuita, enemigo de toda libertad y de todo progreso. ¡Estamos de pésamel!

La reacción sigue triunfante. El Sr. Silvela ha podido aprovechar la última crisis para arrojar de su Gabinete-cocina al ultramontano marqués de Pidal y al regionalista Sr. Durán y Bas. Pero, por lo visto, el presidente del Consejo se halla bien con la compañía de esos señores. ¡Buena pro le haga!

¡Polavieja, Azcárraga! ¿Qué más da el uno que el otro? Son lobos de la misma camada.

¡Sí, la reacción triunfa en toda la línea. Pero al freir será el reir.

UN RECUERDO

Treinta y un años hace que tuvo lugar la revolución de Septiembre. Un hombre que nunca había pertenecido á partidos radicales la inició en Cádiz, á bordo de un buque de guerra y al frente de una escuadra. Generales de tierra le secundaron maravillosamente, y derrotaron en Alcolea los ejércitos de la reina. Cayeron los Borbones, pero no para siempre, como entonces se creía: cinco años después volvieron á sentarse en el trono.

Hubo en esos cinco años un Gobierno provisional, una monarquía democrática y una República. La situación política y el espíritu público habían cambiado: no pudo la restauración retroceder cuanto quería, y al fin hubo de ir devolviendo las libertades que en sus primeros días había casi suprimido.

¿Qué diferencia, sin embargo, entre lo de entonces y lo de ahora! Había entonces libertad de cultos; ahora no hay sino una mezquina tolerancia. No había entonces comunidades religiosas; tienen ahora invadido el reino. Ningún influjo ejercía entonces la Iglesia; ahora dominan la prelación y el Papa. Se estuvo entonces á poco de confiar á las provincias y los municipios el sosten del clero; ahora no se atreve nadie á rebajar las obligaciones eclesiásticas. La enseñanza era entonces poco menos que laica; ahora empieza, en su primero y en su segundo grado, por el conocimiento del dogma. Estaba entonces proscrita del lenguaje oficial la hipocresía; ahora es el Estado el primero en ponerse la careta católica. Adelantó en aquellos cinco años la cultura del pueblo más de lo que había adelantado en los veinticinco anteriores y adelantó después en los posteriores. Dió la libertad, como siempre, gran vuelo al espíritu. Por los ejemplares que antes de la revolución tiraban los periódicos, y los que después tiraron, puede estimarse lo rápido que fué entonces el progreso. Lo fué también en el comercio y en la industria.

¡Oh! Las revoluciones son como las tempestades: conmueven, agitan y dejan más puro el cielo. ¿No la habrá vecina?

EL CANTO DEL TERROR

(PARÍS, 1793.)

¡Ya está rota la valla! ¡Compañeros!
¡Lancemos el rugido de Marat!
¡Cabezas y cabezas y cabezas!
¡Cabezas y cabezas nada más!

Ya por las calles en tropel se lanza el pueblo, que sus odios va á saciar.
¡Hurra, hermanos! ¡Por fin llegó la hora!
¡Del triunfo excelso el cántico entona!
Cual quiebra el viento el junco, la cortante hacha, de Luis el cuello tronchará,
y cual rueda el granizo, hijo de hielo de la negra y furiosa tempestad,
las pálidas cabezas de los nobles, de Sansón (1) á la cesta rodarán.
¡Hala, hala hermanos! ¡A telante siempre!
¡En nuestra decisión no hay que cejar!
El pueblo es un león cuando dormita;
cuando se le despierta es un chacal.
De la revolución el alba roja

(1) El verdugo de París.

nos comienza, soberbia, á iluminar.
A su luz levantemos los cadalsos
con firme pulso y con anhelo audaz,
porque ellos han de ser los vengadores
que nuestra sed de sangre aplacarán.
Y luego, ya templados estos odios,
la fúnebre tarea al terminar,
hagamos que devore los alcázares
el incendio magnífico y voraz,
y que sus llamas rojas y esplendentes,
suban el firmamento á coronar.
Ha llegado el momento. Sin tardanza
¡la faena! ¡Destruíd! ¡Talad!

La escoria sobra, que en los pueblos libres
ni aun restos del poder deben quedar!
De Dantón la elocuencia luminosa,
respirando entusiasmo y libertad,
se oye en la Convención como un torrente
en el fondo de un valle resonar.
Ya Robespierre grandioso nos excita
á la fiera matanza sin piedad:
ya invadimos las calles y las plazas
como invade el espacio el huracán.

¡Ya está rota la valla! ¡Compañeros!
¡Lancemos el rugido de Marat!
¡Cabezas y cabezas y cabezas!
¡Cabezas y cabezas nada más!

PEDRO BARRANTES.

REGENERACIÓN

Uno de los oradores más energúmenos del Club Místico de Burgos ha dicho, muy formal, que los liberales no tenemos patria. Y es verdad. Aquí no hay patria más que para los neos, los jesuitas, los toreros, los caciques y las devotas. Nuestra labor extranjerista ha fracasado. Frustrado el intento de civilizar á España, urge devolverla su característica originalidad. Mucho de flamenquismo, soleares, peteneras, pataitas, cañitas de manzanilla y ¡olé! Mucho de frailes, monjas, Loyolas de hábito largo ó corto, novenas, trisagios, letanias *Te Deum*, procesiones, rosarios de la aurora, hermandades del pecado mortal, y rondas de pan y huevo. Vuelvan los cintarazos, cuchilladas, crímenes, escándalos, los ladrones en cuadrilla dueños de los campos, y en las ciudades los Guzmanes de Alfarache de nuestros siglos de gloria. Vuelva la bazofia del convento á alimentar á los hidalgos de gotera, y vuelva el rey *disoluto*, con sus horcas llenas de liberales, y aun su *mitaja* de Inquisición. Nada de trabajar, de estudiar, de lavarse, prácticas exóticas que nunca usaron nuestros mayores. De esa manera fuimos grandes, y así lo volveremos á ser. ¡Grandesimos!...

Hay cosas que no pueden ser. Graves preocupaciones inspiran á las cancillerías europeas el porvenir del imperio mogrebino; pero á nadie se le ha ocurrido hasta ahora la peregrina idea de que Marruecos se regenera.

LA INFAME TEOCRACIA

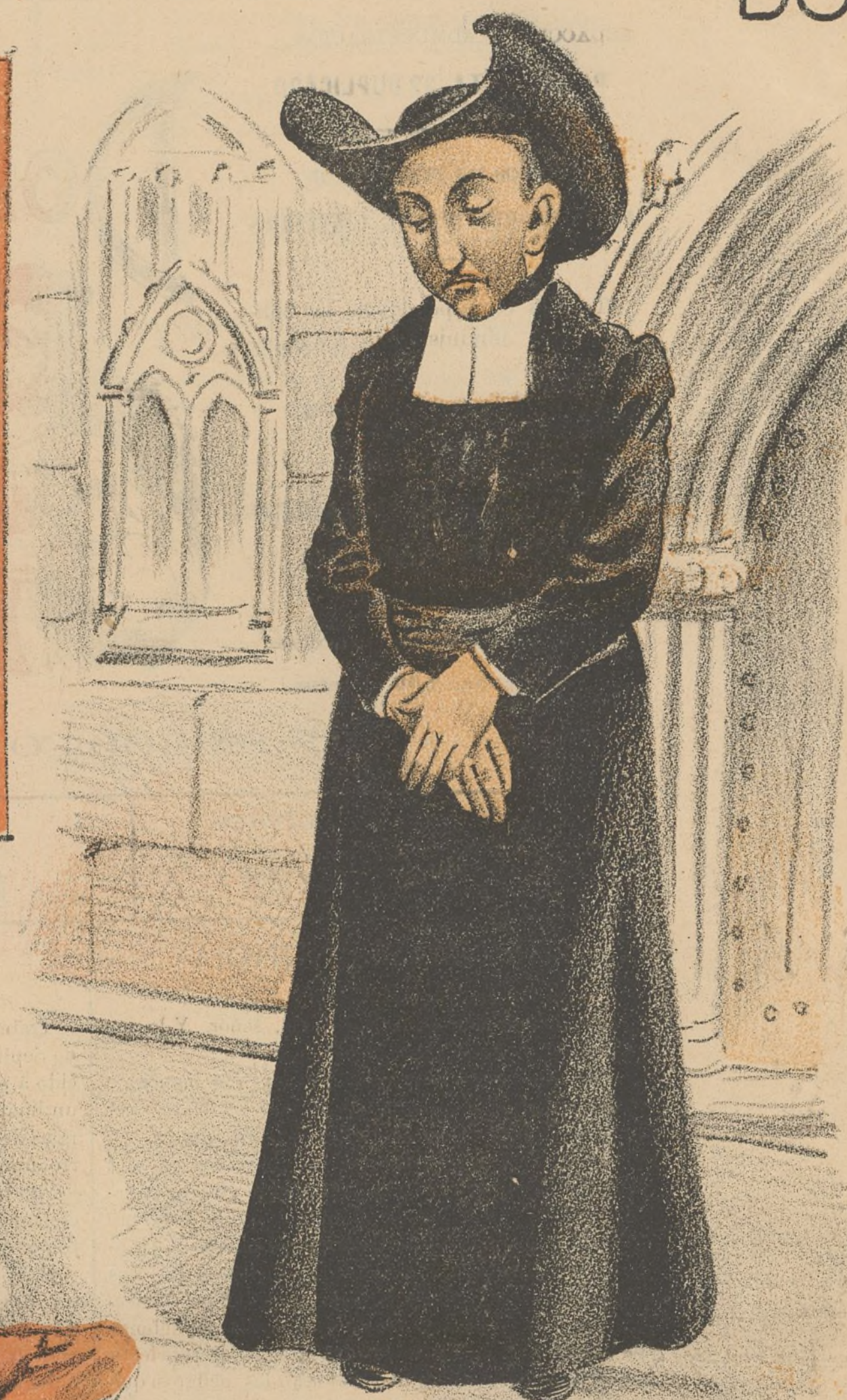
«Prescindamos de la palabra Iglesia; sustituyámosla por otra palabra. ¿Puede sostener su señoría que el *poder teocrático* nunca ha perseguido á las personas? Pues si sostiene que el poder teocrático no ha perseguido nunca á las personas, marche por la calle Ancha de San Bernardo, salga al campo, tome á la derecha, y allí, cerca de la estatua de Daoiz y Velarde, verá el Quemadero de la Cruz.



V que está á punto de agotarse la edición.



Polavieja, el santurrón, muerto le llevan en un serón.



Conste que yo sigo siendo el dueño de la situación

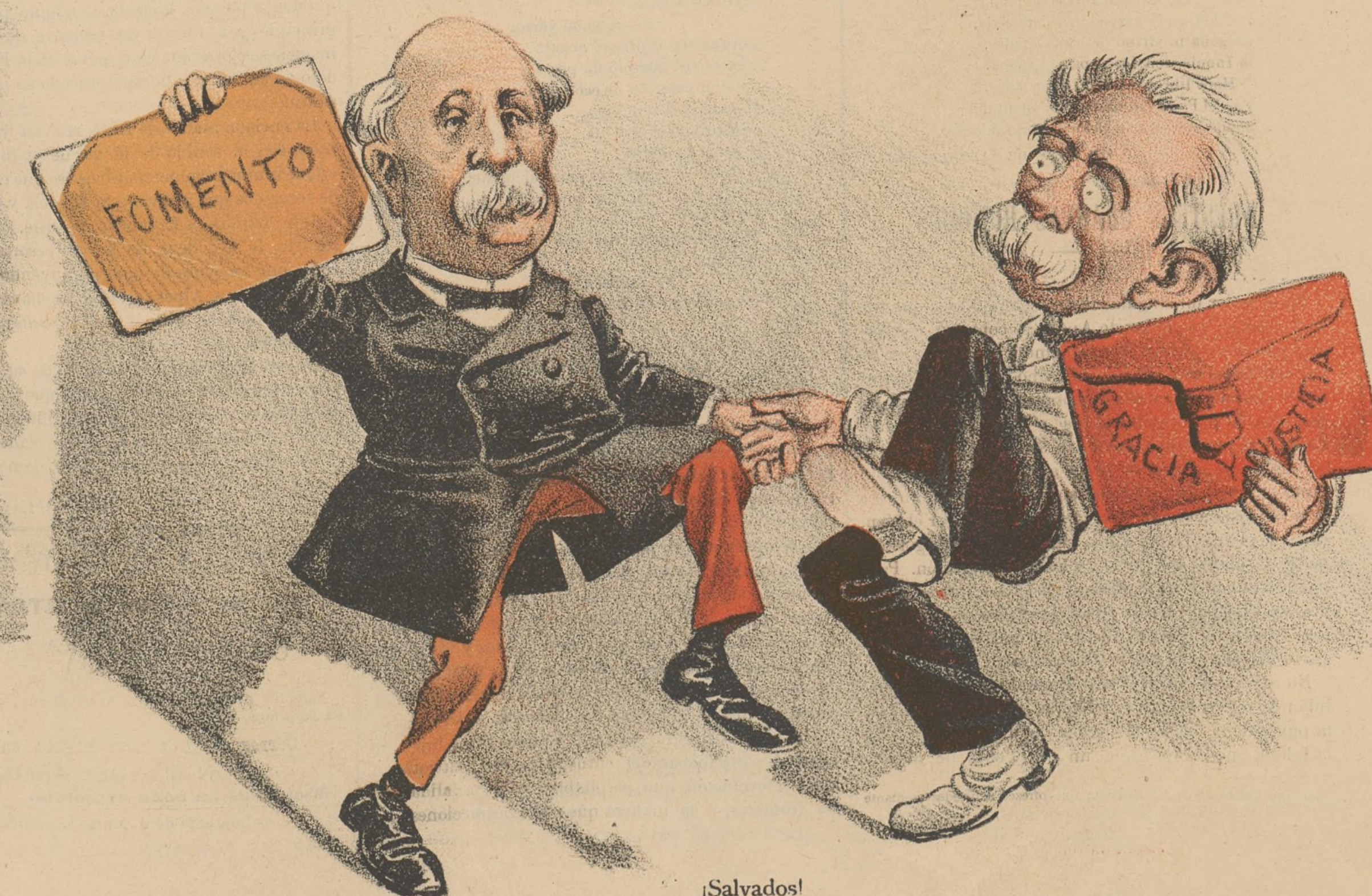


«Dí, en prueba de mi razón, que cara á cara te mato.»

Lit. de la Viuda de M. Bautista. Jesús del Valle, 22



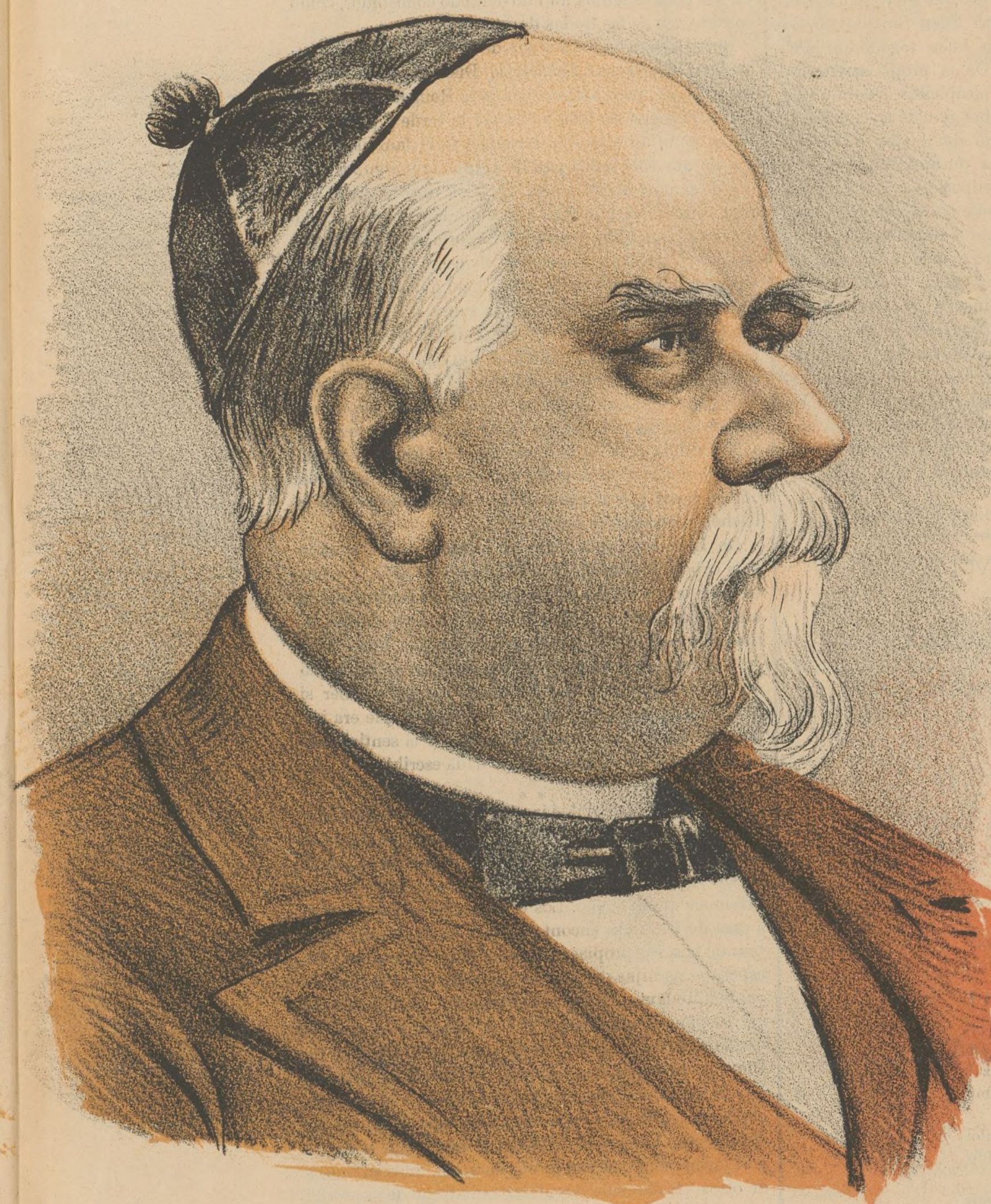
Eso... y apaleado.



[Salvados!]

DON QUIJOTE

CABEZAS DE MINISTROS



El organizador del desastre.



EL PARTO DE LOS MONTES

—Aquí tienen ustedes mi último engendro.



¿Sabéis lo que es el Quemadero de la Cruz? Yo os lo explicaré; yo deseo que vayáis allí á verlo; yo quisiera que estas discusiones tuvieran lugar sobre aquel horrible monumento, á ver si había quién se atreviese á defender la unidad religiosa.

El Quemadero de la Cruz es un gran corte del terreno; es, pudiera decirse, un corte geológico. ¿Sabéis lo que es un corte geológico? La Naturaleza abre su gran libro, extiende sus grandes páginas, es decir, da un tajo al terreno, y allí se ven, en ordenadas capas, arcillas, pizarras, areniscas y pedernales: son las líneas del gran libro en que el geólogo va á estudiar cómo se ha formado este planeta en el cual vivimos.

Pues bien: el Quemadero de la Cruz es también un gran libro, es también una gran página, una gran página, una sombría página, que encierra provechosa aunque triste enseñanza; con sus capas alternantes, es el Quemadero de la Cruz un corte, que yo no me atrevería á llamar geológico, pero que pudiera llamar, con verdad, teológico.

En esos bancos alternantes del Quemadero de la Cruz, veréis capas de carbón impregnado en grasa humana, y después restos de huesos calcinados, y después una capa de arena que se echaba para cubrir todo aquello; y luego otra capa de carbón, y luego otra de huesos, y otra de arena, y así continúa la horrible masa.

No ha muchos días, y yo respondo del hecho, revolviendo unos chicos con un bastón, sacaron de esas capas de cenizas tres objetos que tienen grande elocuencia, que son tres grandes discursos en defensa de la libertad religiosa. Sacaron un pedazo de hierro oxidado, una costilla humana, calcinada casi toda ella, y una trenza de pelo quemada por una de sus extremidades.

Estos tres argumentos son muy elocuentes. Yo desearía que los señores que defienden la unidad religiosa los sometieran á severo interrogatorio; yo desearía que preguntasen á aquella trenza cuál fué el frío sudor que empapó su raíz al brotar la llama de la hoguera y cómo se erizó sobre la cabeza de la víctima. Yo desearía que preguntasen á la pobre costilla cómo palpitaba contra ella el corazón del infeliz judío. Yo desearía que preguntasen á aquel pedazo de hierro, que fué quizá una mordaza, cuántos ayes dolorosos, cuántos gritos de angustia ahogó, y cómo se fué oxidando al recibir el ensangrentado aliento de la víctima, con la cual el duro hierro tuvo más entrañas, tuvo más compasión, fué más humano, se ablandó más que los infames verdugos de aquella infame teocracia.

(Fragmento de un discurso de Echegaray en defensa de la libertad religiosa.)

EL PADRE MONTAÑA (1)

Figura de paleta disfrazado,
aspecto de rastrera hipocresía,
mirada en que reluce la falsía
y cerquillo frailun recortado.

Envuelto en el manto deslustrado
le veréis en el claustro ó sacristía,
huyendo siempre de la luz del día
como buho en mazmorras alojado.

Condena la verdad con fiera saña,
pregona la virtud de otras edades,
la Inquisición desea para España.

Hace libros, tejiendo falsedades,
y es el Padre Montaña una montaña
donde hierve un volcán de iniquidades.

GIL BLAS DE SANTALLANA.

NUESTROS GRANDES HOMBRES

Es el poder un singular instrumento. Nadie que trate de emular las glorias de Apeles se contenta con poseer pinceles y paleta. Ningún émulo de Fidias se da por satisfecho con tener en su mano un cincel. No hay quien entienda que basta comprar un violín para ser un Sarasate. El poder se busca y se codicia por sí mismo. La astucia para adquirirle suele ser confundida con la capacidad de usarle. Y tiene aún otra singularidad: tanto es más arduo y penoso su recto empleo, tanto es más fácil y cómodo el vicioso y torcido. Hacer el bien, cumplir el derecho, es tarea ingrata para el egoísmo, tarea que exige habilidad, talento, abnegación. Para hacer el poder instrumento de pasiones, preocupaciones, vanidades, rencores y codicias, basta la capacidad más vulgar. La misma cabalmente que en ciertos países se necesita para llegar á las alturas.

No es Silvela el único caso. Ejemplos semejantes pululan en nuestras clases directoras. ¿Quién no tiene en la punta de la lengua el nombre de algún príncipe de la Iglesia que habría hecho un buen cura de misa y

(1) Del folleto *El Padre Montaña*, que ofreció á ustedes mediante la cantidad de 20 céntimos.

olla, de algún príncipe de la milicia que hubiera sido un buen teniente, el de algún alto magistrado que habría desempeñado irreprochablemente las funciones de juez municipal? Por haber ellos subido á las cumbres, la Iglesia pierde un buen párroco, el ejército un buen oficial, la justicia municipal un buen funcionario, sin que por ello gane la nación un buen togado, un buen general ó un buen arzobispo. De la propia suerte nos hemos perdido en Silvela un picapleitos listo ó un covachuelista benemérito, sin haber ganado en cambio un mediano presidente del Consejo de ministros. Efectos de la desmedida y presuntuosa ambición, que lleva á los hombres á asumir cargos superiores á sus fuerzas con la misma temeraria imprudencia del mozo de cuerda que quisiera echarse á hombros una tonelada.

En naciones donde, como en España, la selección social se practica al revés, haciendo flotar lo hueco y dejando irse al fondo lo sólido y macizo, no tiene el mal otro remedio sino el que debiera ponerle la propia modestia de los poderosos. Remedio en verdad poco eficaz, por más que el buen sentido proclame que de este desequilibrio entre la capacidad y el empleo no puede resultar sino el ridículo, originado por lo cómico del contraste. Porque, ¿puede haber nada más donoso que el ver á una mosca haciendo de águila ó á una pulga ofendiendo de león?

ALFREDO CALDERÓN.

¡ECONOMÍAS!

(DIÁLOGO)

—Tenga usted muy buenos días,
mi querido don Matías.

—Pero, hombre, ¿tú por aquí?
Vamos, toma asiento y dí
qué sabes de economías.

—De economías yo sé
que en casa de don Faustino
han suprimido el café.

—¡Pero, en cambio, toma té
don Faustino en el casino!

—El señor don Restituto,
que tiene fama de bruto,
por no gastar, sacó ya
á su hijo del Instituto.

—¡Y el padre á los toros val!
—El viejo de don Severo,
que peca de friolero,

¡las medias suprimió ayer!

—¡Las suprimió, y su mujer
no ha suprimido el sombrero!

—El banquero don Gonzalo
con mantel siempre ha comido,
y hoy lo ha suprimido.

—¡Malol!
¡En cambio no ha suprimido
el caballo de regalo!

—Suprimió esta primavera,
la casera de Melchor,
el quinqué de la escalera.

—¡Y no quita esa casera
las luces del tocador!

—La esposa de don Torcuato,
como no está el pan barato,
suprimió el gato.

—Fué un yerro,
¡porque ella suprimió el gato
y su esposo compró un perro!

—Por cuestión de economía,
en casa de Texifonte
se suprimió el otro día
el juego de lotería.

—¡Pero, en cambio, él juega al monte!

—Y, si mi mujer se empeña,
por no tener un infierno,
yo suprimiré este invierno
la leña...

—No hables de leña
sin permiso del Gobierno.

VICENTE RUBIO.

LA MARSELLA

La *Marsellesa* conserva un eco de canto de gloria y de grito de muerte; gloriosa como la una, fúnebre como la otra, tranquiliza á la patria y hace palidecer á los cludadanos. He aquí su origen:

En aquella época estaba un oficial joven de artillería de guarnición en Strasburgo; llamábase Rouget de Lisle, y era natural de Lonsle-Saunier, en el *Jurá*, país de ilusiones y de energía, como todas las montañas. Este joven amaba la guerra como soldado y la revolución como pensador; amenizaba con los versos y la música las lentas impacencias de la guarnición. Estimado por su doble talento de músico y poeta, frecuentaba con mucha familiaridad la casa de *Dietrick*, patriota alsaciano, alcalde de Strasburgo; la esposa y las hijas de Dietrick participaban del entusiasmo, del patriotismo y de la revolución que palpitaba con especialidad en las fronteras, á la manera que las contracciones del

cuerpo amenazado se hacen sentir más en las extremidades.

Amaban, pues, al joven oficial; inspiraban su corazón, su poesía y su música; eran las primeras en ejecutar sus pensamientos, aún no del todo concebidos, como confidentes de las dudas de su talento.

Sucedía esto en el invierno de 1792, y reinaba la miseria en Strasburgo. La casa de Dietrick era pobre, su mesa frugal, pero hospitalaria para Rouget de Lisle. El joven oficial se sentaba á ella por la tarde y por la mañana, como un hijo ó un hermano de la familia. Cierto día, en que sólo había pan de munición y algunas tajadas de jamón en la mesa, Dietrick miró á Lisle con triste serenidad, y le dijo: «La abundancia no brilla en nuestros banquetes, pero ¿qué importa, si brilla el entusiasmo en nuestras funciones cívicas y el valor en el corazón de nuestros soldados? Tengo todavía una botella de vino en mi bodega; que la suban—dijo á una de sus hijas—y bebámosla á la salud de la libertad y de la patria. Strasburgo debe celebrar muy pronto una ceremonia patriótica, y es preciso que de Lisle haga brotar de estas últimas gotas uno de esos himnos que infunden en el alma del pueblo la embriaguez de que han salido.» Las jóvenes aplaudieron la idea; trajeron el vino, llenaron el vaso de su anciano padre y del joven oficial, hasta que se agotó el licor. Eran las doce de la noche, y estaba muy fría.

De Lisle era meditador; su corazón estaba agitado y su cabeza acalorada. El frío se apoderó de él, y entró trémulo en su alcoba solitaria; buscó pausadamente la inspiración, ora en el teclado de su instrumento de artista, componiendo ya el tono antes que la letra, ya la letra antes que el tono, y combinándolas de tal modo en su pensamiento, que él mismo no podía saber si había nacido antes la nota que el verso, y que era imposible separar la poesía de la música y el sentimiento de la expresión; cantaba todo, y nada escribía.

Agobiado con esta inspiración sublime, quedóse dormido, con la cabeza apoyada en su instrumento, y no despertó hasta el siguiente día. Los cantos de la noche volvieron dificultosamente á su memoria, como las impresiones de un sueño. Los escribió, los solfeó, y corrió á casa de Dietrick; encontró á éste en su jardín, sembrando con sus propias manos lechugas de invierno. La esposa y las hijas del anciano patriota no se habían levantado todavía. Dietrick las despertó, llamó á algunos amigos, apasionados como él á la música y capaces de desempeñar la composición de Lisle. La hija mayor de Dietrick acompañaba, Rouget cantaba; á la primera estrofa los semblantes mudaron de color; á la segunda corrieron lágrimas, y á las últimas estalló el delirio del entusiasmo. La esposa de Dietrick, sus hijas, el padre y el joven oficial, se arrojaron, llorando, unos en brazos de otros. ¡Había sido descubierto el himno de la patria! ¡Ay! También debía ser el himno del terror. El desgraciado Dietrick fué conducido pocos meses después al cadalso, al compás de aquellas notas, nacidas en su hogar del corazón de su amigo y de la voz de sus hijas.

El nuevo canto, ejecutado algunos días después en Strasburgo, voló de ciudad en ciudad en todas las orquestas populares. Marsella lo adoptó para cantar al principio y al fin de las sesiones de sus clubs. Los marseleses lo esparcieron por toda la Francia, cantándolo en su camino; de esto procede su nombre de *Marsellesa*.

La anciana madre de Lisle, realista y religiosa, aterrada con el sonido de la voz de su hijo, le escribió: «¿Qué himno revolucionario es ese que canta una horda de foragidos que atraviesa la Francia y al que mezclan nuestro nombre?» El mismo de Lisle, desterrado como realista, le oyó lleno de horror resonar en sus oídos como una amenaza de muerte, huyendo por los senderos de los altos Alpes. «¿Cómo se llama ese himno?» preguntó á su guía.—«La *Marsellesa*»—contestó el campesino.

De este modo supo el nombre de su propia obra; se le perseguía por el entusiasmo que había sembrado en pos de su persona. Con mucha dificultad pudo librarse de la muerte. El arma se vuelve contra la mano que la ha forjado; la revolución, en su demencia, no conocía ya su propia voz.

A. DE LAMARTINE.

BIBLIOTECA DE "DON QUIJOTE,"

EL PADRE MONTAÑA

POR

GIL BLAS DE SANTALLANA

Precio: 20 céntimos.

Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 15 céntimos.

Corresponsal de "Don Quijote," en Tampa:

DON MANUEL ARAUJO

Manufactura La rosa española.

Imprenta de A. Marzo, Apodaca, 18.